

Camilo Pino
Crema Paraíso

Alianza editorial

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Andrés Manner

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Camilo Pino, 2020
Publicado mediante acuerdo con VicLit Agencia Literaria
© Alianza Editorial, S.A. Madrid, 2020
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-875-5
Depósito legal: M. 91-2020
Printed in Spain

Para Irune

*Yo a Maradona lo respeto como drogadicto.
Lo que haga dentro de una cancha no me
interesa.*

CÉSAR AIRA

Emiliano

Mi teléfono nunca suena temprano. Nadie me llama antes de las once de la mañana, ni siquiera los vendedores, pero ese día repicó como desesperado. Contesté de una vez. Una llamada a esas horas tenía que ser importante. Era una señora con un acento imposible. Pensé que se había equivocado, pero, cuando me explicó que era productora de televisión y que tenía una oferta que hacerme, presté atención. La oferta era demasiado buena: veinte mil euros y una semana en Berlín con todos los gastos pagados por salir en un programa de televisión con mi viejo. Así cualquiera se entusiasma, mucho más yo, que nunca había ido a Europa ni salido en la tele, que ni siquiera había tocado un euro en mi vida. Con esa plata me alcanzaba para pagar las tarjetas y quedarme en Alemania, o saltar a Barcelona e instalarme en la casa de Ranfis. Veinte mil euros representaban la oportunidad de salir de Miami antes de que la ciudad me expulsara. Acepté sin tener la menor idea del compromiso que estaba asumiendo. Por esa plata hubiera hecho lo que fuera. En serio, lo que fuera. En ese momento no se me pasó por la cabeza invertir el dine-

ro. La idea de Crema Paraíso no se me había ocurrido todavía. Tampoco pensé que pudiera tratarse de una estafa. Había algo en los modales de la señora que me inspiraba confianza. La verdad es que yo tenía todas las de ganar con una oferta así. Por eso me angustié cuando la señora me preguntó por unas cartas que, según ella, yo le había escrito a principios de los años ochenta a una joven alemana de nombre Ulrika. La historia no cuadraba: en los ochenta yo era un adolescente típico; lo último que se me hubiera ocurrido era escribirle una carta a nadie. Es que ni al Niño Jesús le escribí; mucho menos a una alemana que no conocía. Pero la señora sonaba convencida y la información que tenía sobre mí estaba perfecta: mi nombre, Emiliano Dubuc; mi número de cédula, 8.259.111; hasta mi dirección vieja: Edificio Trevi, apartamento 43, avenida Miguel Ángel, Bello Monte, Caracas DF, 1050. Es curioso, pero basta con que piense en la dirección para que me sienta en el edificio: el eterno olor a guiso de res en la planta baja, el ascensor para dos personas, las escaleras inclinadas, el piso de granito limpio, brillante y frío, la reja blanca de nuestro apartamento de dos habitaciones conectadas por la cocina-sala-estudio y, sobre todas las cosas, el insoportable desorden de los libros.

La señora insistió en preguntarme por las cartas que yo supuestamente le había escrito a la tal Ulrika. Tengo buena memoria a pesar de mis excesos, pero no me acordaba de ninguna Ulrika. Sí me pareció que Ulrika sonaba como *urra-ca*. Me tranquilicé un poco cuando entendí que, según los registros, fue mi viejo el que las había despachado. Una historia así tenía sentido: que mi papá me hubiera hecho un dictado para alguno de sus proyectos y se me hubiera olvidado después de tantos años. En esa época mi viejo estaba ob-

sesionado con el correo, al punto de dedicarle el poema con el que se hizo famoso, unos versos con un título ridículo que hoy en día los niños en Venezuela tienen que aprenderse de memoria: «Instituto Postal Telegráfico». Pobres niños. Las dichas cartas tenían las características de uno de sus caprichos: un ejercicio literario vanguardista, una obra de arte conceptual, alguna de sus idioteces intelectuales.

Creo que la señora se olió que había gato encerrado cuando le dije que no me acordaba bien de las cartas, porque me hizo preguntas complicadas. Pero yo no iba a perder esos reales por nada del mundo y me adelanté: le dije que no me había olvidado —esas cosas no se olvidan—, sino que mi vida había sido intensa y tenía una memoria pésima. Había pasado demasiado tiempo. Era normal que se me escaparan algunos detallitos; quizás podía enviarme las cartas para ayudarme a recordar. Por suerte, la señora cambió de tono y me habló con entusiasmo de la fuerza con que estaban escritas las cartas, de la inocencia que transpiraban y de las promesas que yo le había hecho a la tal Ulrika. Le dije que era muy romántico de joven. Con eso la aplaqué. Quedamos en que, además de aceptar la oferta, yo me encargaría de ponerla en contacto con mi viejo. La señora lo había llamado con insistencia, pero no había podido dar con él. Le pregunté si era estrictamente necesario que saliéramos los dos. La respuesta fue terminante: «Sin su padre no hay programa». Antes de colgar le dije que no se preocupara por mi viejo, estaba seguro de que le iba a fascinar el proyecto, y ella se comprometió a enviarme una oferta formal por correo electrónico. Entonces me senté en la computadora. Puedo pasarme días enteros jugando Candy Crush. Una vez me pasé todo un fin de semana. Bueno, también dormí, comí comida china y fui al baño,

pero aparte de eso no hice otra cosa sino jugar de un viernes en la noche a un lunes en la mañana.

No iba a ser fácil convencer a mi viejo de viajar a Alemania para salir en un programa de televisión conmigo; mucho menos a la cuaima de María Eugenia, que no lo deja solo ni para ir a la panadería. Papá se convirtió en otra persona desde que se casó. No necesariamente por ella, sino porque el matrimonio coincidió con su consagración literaria y su insólita transformación en ciudadano ejemplar. María Eugenia y mi papá se conocieron después de que le dieran el Reina Sofía a mi viejo. Ella no conoció al borracho inútil que me crio, sino al prócer de la cultura, al mejor poeta de Venezuela, nuestro eterno candidato al Premio Nobel.

Una de las discusiones que más detesto es la de si mi viejo es mejor poeta que Rafael Cadenas. Odio tener que explicar que no he leído a ninguno de los dos y escuchar otra vez el dicho del herrero y el cuchillo de palo y la consabida reafirmación de que mi viejo es mejor que Cadenas. En la época de las cartas las cosas eran muy diferentes. Al principio de los años ochenta, papá sufría mucho porque era un fracasado. Cuando se emborrachaba, le entraba una rabia incontenible y se ofendía a sí mismo en el espejito del baño con un insulto idiota, pero que a él le ardía en el alma: «Tú lo que eres es un poeta menor», se decía, y se largaba a llorar. De verdad era patético. Se la pasaba echado en calzoncillos en el apartamento. Dormía en un colchón en el suelo y luego se acostaba a leer en una hamaca que tenía justo encima del colchón y encendía un cigarrillo del tamaño del planeta que todavía se está fumando. Mi abuela le tenía una campaña para que buscara trabajo, pero él lo que hacía era mecerse en la hamaca con un libro y, cuando entraba la noche, salir con sus amigos

a emborracharse y hablar de poesía. El único sitio al que lo vi ir a buscar trabajo fue, precisamente, el Instituto Postal Telegráfico, el Ipostel. No consiguió nada porque su experiencia se limitaba a reposar, fumar cigarrillos y acumular libros viejos, y por su aspecto, que parecía una combinación de guerrillero y vagabundo.

Tengo que admitir que yo ayudaba poco; digamos que era un adolescente problemático de manual. Y mi mejor amigo era la persona con peor fama de Bello Monte: Ranfis, ladrón de reproductores, mariguanero, pirómano y violador; lo acusaban de todo, casi siempre con razón, salvo por lo de violador. Ranfis era malandro de vocación, pero se regía por un código que prohibía las violaciones. Crecí en la calle con él, escapándome del letargo de mi viejo y sus malditos libros. Odio los libros con toda mi alma. No tengo ni uno solo en mi casa, ni siquiera un manual de Candy Crush. La idea del papel acumulado a mí alrededor me da grima. Todavía tengo pesadillas con los libros de mi viejo: el polvo, las hojas apolilladas, las manchas de café, los hongos circulares en las esquinas, el olor a humedad... Son asquerosos. Bastante los padecí para tener que mamármelos ahora que vivo solo.

Yo estaba convencido de que María Eugenia iba a prohibirle a papá participar en el programa. A María Eugenia no le gusta nada que tenga que ver conmigo. Para ella yo soy un trasto del pasado, la oveja negra que a última hora se fue a Miami a buscar una fortuna que nunca iba a encontrar y que, más temprano que tarde, caería en uno de los abismos a los que se asomaba con frecuencia. A María Eugenia sólo le importan las morochas, pero eso no es culpa de ellas. Adoro a esas loquitas. Mis hermanitas gemelas son lo único que extraño de Caracas.

Esa mañana yo me sentía al borde de la caída que María Eugenia tantas veces había anunciado, esperando a que una señora alemana desconocida me mandara unas cartas que nunca escribí y de las que dependía mi vida. Veinte mil euros era más plata de la que yo podía ganar deslomándome un año entero. No sabía cómo, pero tenía que convencer a mi viejo de que saliera en el programa; extorsionarlo, si hacía falta.

El correo de la productora llegó ahí mismo. Tardé un rato en abrirlo porque estaba a punto de pasar al nivel Nougat Noir de Candy Crush y no quería equivocarme. Al final, una maldita cereza confitada me arruinó las posibilidades con una caída sorpresa en la tercera columna y tuve que parar. El mensaje de la alemana estaba escrito en un inglés impecable. Arrancaba con un saludo profesional, algo así como «Estimado Emiliano». Luego venía un resumen de nuestra llamada telefónica; una descripción de una de las cartas a la tal Ulrika, que me enviaba anexa, y un recordatorio de que la propuesta estaba condicionada a la participación de mi viejo. El programa se llamaba *Die Kreuzung*, que significa «la encrucijada». La carta a Ulrika estaba escrita con una caligrafía infantil que no era la mía y decía cosas que yo nunca hubiera dicho. Eso sí, la firma se parecía a la que yo usaba entonces. El autor era alguien que se quiso hacer pasar por mí y me conocía. Pensé en Ranfis, pero no mucho rato. Ranfis no hubiera podido escribir una carta sin errores ortográficos. Quizás mi letra era así y no me acordaba.

Según el mensaje, *Die Kreuzung* era un éxito de audiencia. Lo veían millones de personas en Alemania y en otros treinta y dos países (gracias a Dios, ni Venezuela ni los Estados Unidos aparecían en la lista). Había un enlace a un video

con viñetas del programa. La mayoría de los invitados eran alemanes, aunque se veía de todo: turcos, negros..., gente de todas partes. Aparecían pasando el rato en una casa de lo más moderna y luego estresados en un estudio. Al final salían exaltados: llantos, abrazos, risas, gritos y hasta trompadas se daban. Se parecía a un programa de la televisión española que veía en Caracas en los noventa en el que buscaban gente que llevaba desaparecida muchos años y la reunían con su familia, *Quién sabe dónde*, creo que se llamaba, pero mezclado con esos *shows* en los que los invitados se van a las manos. Con razón ofrecían tanta plata. Esos programas los ven hasta las piedras.

No podía esperar más, tenía que llamar a mi viejo. Lo mejor era contarle de una vez. Cuando me dijera que no (estaba seguro de que me iba a decir que no, porque mi viejo le consultaba todo a María Eugenia y ella siempre dice que no), le iba a lanzar un discurso sobre la deuda moral que tenía conmigo y, si hacía falta, le iba a armar una lloradera de las buenas.

Mi viejo nunca contesta el teléfono, así que marqué directo el celular de María Eugenia, que apenas me saludó antes de pasarle el aparato. Papá sonaba como siempre suena por teléfono, distante, indiferente y aburrido. Le lancé lo del programa y los veinte mil euros sin anestesia. Me preguntó si era un programa literario y por qué pagaban tanto. Le dije que más o menos, que en realidad iba a ser sobre unas cartas mías que encontraron y que, francamente, yo no recordaba haber escrito. Estaban dirigidas a una tal Ulrika. Lo importante era la fortuna que nos estaban ofreciendo. En un caso así había que aceptar independientemente de las consecuencias. Veinte mil euros era mucha plata. Cuarenta mil, si su-

mábamos los reales de los dos. Mi viejo se quedó callado por un rato. Sus silencios son famosos en el mundo de la cultura venezolana. Sus fanes dicen que retumban, pero a mí me consta que son un golpe de efecto que usa cuando no sabe qué decir en público, porque cuando está en confianza no se calla. Por eso me sorprendió su silencio. Porque era sincero. Mi viejo estaba conmocionado. Tanto que tuvo que pasar un rato para que pudiera hablar y por fin decir el nombre: «Ulrika», que pronunció como quien conjura a un espíritu.

El poeta Dubuc

Esta historia empieza y termina frente a un espejo. Un espejo pequeño con un marco de plástico gastado. Un pobre espejo, clavado encima de un lavamanos viejo. La primera imagen es la cara de un hombre de mediana edad a punto de romper en llanto. El hombre soy yo hace cuarenta años. En cuestión de minutos voy a vomitar media botella de ron, enjuagarme la cara y tumbarme a dormir la borrachera, pero de momento me veo a mí mismo como si fuera otra persona: los ojos desorbitados, la nariz pequeña como labrada con navaja, las cejas despeinadas, los dos dientes delanteros ligeramente separados, la barba crespa con las primeras canas, y me digo al espejo en voz baja para no despertar a Emiliano: «Poeta menor». Pero no pasa nada, no siento nada, sino que me quedo mirándome insatisfecho. Entonces me concentro y lo vuelvo a decir, esta vez en un tono dramático, afectado, como de villano de telenovela: «Poeta menor, eso es lo que siempre has sido y lo que siempre serás, un poeta menor que no le importa a nadie, un fracasado es lo que eres»; y ahora sí rompo en un llanto adulto, vomito la bilis y me tumbo en el colchón sin

cama. La escena se repite esporádicamente a lo largo de dos años, durante los cuales aumenta en frecuencia e intensidad.

En esa época yo no era nadie, ni siquiera un poeta menor. Era un hombre con un matrimonio fracasado a sus espaldas, que no había podido terminar sus estudios ni mantener un trabajo por más de un mes y que había dispuesto dedicarse por completo a la literatura, pero que no tenía obra, ni lectores ni perspectivas. Mi vida transcurría entre una hamaca y los bares de Sabana Grande: leyendo, fumando, esperando a la inspiración para escribir y colapsando en borracheras lloronas. Casi ni comía. Mi dieta consistía en comida callejera: café, arepas, cachitos de jamón, perros calientes y limonadas frapé de Crema Paraíso, el único alimento que me provocaba de verdad. Digamos que era un monje literario desesperado por llegar a santo. No sé cómo se las arregló Emiliano para sobrevivir esos años. Nunca me pidió comida. Nunca me pidió nada. Yo apenas si le daba monedas sueltas cuando me acordaba de mi condición de padre. En esa época ni tenía dinero ni quería tenerlo. La plata que nos mandaba Josefina, la mamá de Emiliano, era justo la suficiente para mantenernos. Lo único que me interesaba era convertirme en un poeta admirado por mis amigos, leído en los bares e idolatrado por las mujeres. Mejor dicho, yo quería ser el Chino Valera Mora y eso fue en lo que me convertí, en un imitador del Chino Valera Mora. Lo adoraba. No sólo sus poemas, sino su personalidad, sus conversaciones, sus aventuras, su tono de voz, hasta su corte de pelo traté de copiar, y eso que consistía en no tener corte de pelo. Lo admiraba tanto que nunca me atreví a hablarle. Un día me senté a su lado en La Bajada, pero no pude abrir la boca de la emoción. Recuerdo que recitó un poema que acababa de terminar, «Oficio puro», que me es-

tremeció, no sólo de la admiración, que la sigo teniendo en el caso del poema, sino porque apenas recitó el primer verso me di cuenta de que yo nunca iba a poder escribir así.

Salí de esa etapa gracias a Beata Schultz. Si no la hubiera conocido, todavía estaría echado en la hamaca tratando de convertirme en el Chino Valera Mora, o habría terminado alcohólico como tantos escritores de mi generación. Una vez sumé las horas que pasé con ella. Apenas llegaban a nueve, y, aun así, estoy seguro de que es la persona que más ha influido en mi vida. Más que María Eugenia, que es mucho decir, y, por supuesto, muchísimo más que Josefina, cuya única influencia en mi vida fue haber parido a Emiliano (y, debo aceptarlo, haberme mantenido en los años difíciles). Beata —esto no lo sabe nadie— es la mujer de «Instituto Postal Telegráfico», el poema que me consagró. Y el ángel de luz que la anuncia es Leónidas Pardo, el cartero que una mañana de mayo tocó la puerta del apartamento y me entregó la invitación que iba a cambiarme la vida. La aparición de Leónidas fue un milagro por partida doble. Primero, porque el correo en Venezuela siempre ha sido un desastre y era casi imposible que una carta llegara a tiempo desde La Habana. Segundo, por la invitación en sí, que consideré como la oportunidad de por fin convertirme en un poeta reconocido.

Hubo un breve período en la historia de Venezuela en el que el correo funcionó, entre finales de los años setenta y principios de los ochenta. En esa época el Gobierno relanzó el sistema postal y le dedicó muchísimos recursos. Empezaron a aparecer oficinas de correo en las plazas públicas, unos edificios prefabricados ultramodernos adornados con el logo del recién bautizado servicio nacional de correo, Ipostel. Y también aparecieron los carteros, como Leónidas y su fla-

mante uniforme amarillo que exudaba modernidad, desarrollo, futuro y, por supuesto, muchísimo sudor, porque era de tela gruesa y en Caracas hace calor. Ipostel, como el país entero, colapsó en febrero del 83, un día que hoy se conoce como Viernes Negro, pero ésa es otra historia. En esta, Leónidas el cartero me entrega un sobre en la puerta del apartamento. Al final del pasillo veo a Emiliano escabullirse por las escaleras con su amigo Ranfis. Percibo un ligero tufo a marihuana, pero en vez de llamar a los muchachos y averiguar, me doy cuenta de que el sobre está estampado con el logotipo de la Casa de las Américas y sucumbo a la tentación de abrirlo. La carta está escrita a máquina y firmada por un tal Roberto Fernández Retamar. Es una invitación al Olimpo: un congreso de escritores en La Habana junto a nada menos que Gabriel García Márquez, Ernesto Cardenal y Mario Benedetti. Dice que me contactarán pronto con detalles sobre el programa y la logística del viaje. La carta remata declarando que mi presencia es vital para la revolución. Mi nombre está clarísimo en el encabezado, «Alfonso Dubuc», de modo que no puede ser una equivocación. Es la primera vez que me invitan a un congreso internacional. Me pregunto si debo pagar el pasaje, pero releo y veo que dice claramente que la revolución correrá con los gastos. Pienso en los poemas que envié al Premio Casa de las Américas el año anterior; tal vez causaron una buena impresión y por eso me invitan. Pienso en que estoy inscrito en el Partido Comunista desde el 74, pero nunca participo en sus actividades. Imagino que mis poemas gustaron tanto que me van a proponer publicarlos, o que van a pedirme que los mande otra vez al concurso el año entrante. Luego me pregunto a quién puedo llamar para enterarme de los detalles: la fecha de salida, el hotel, si tengo que escri-

bir un discurso, preparar una conferencia o participar en un recital. Releo la carta y me doy cuenta de que no tiene instrucciones, sólo me piden esperar. Y eso fue lo que hice, esperar, cosa que no me costó mucho, porque en eso consistía mi vida, en fumar, leer en la hamaca, salir a beber y esperar golpes de inspiración para escribir.

La invitación a Cuba me infundió una confianza entonces inusual en mi escritura. Me dieron unos arrebatos de inspiración en los que escribía sin parar. El problema era que cuando leía los borradores me daba cuenta de que eran malos. Eran textos ejemplares en el papel: inscritos en la tradición conversacional, incrustados de cantos de grillos y constelaciones, coronados con metáforas osadas; poemas como los que se publicaban en la revista *Imagen* de aquel entonces, pero les faltaba fuerza. Aparte de algunas contadas líneas rescatables, eran mediocres. Para completar, nadie me contactaba y la confianza que estaba ganando en mi escritura empezó a desvanecerse. Quien sí me llamó una de esas mañanas fue el profesor Navarro, director del José Antonio Páez, el colegio de Emiliano. Parecía preocupado, quería que nos reuniéramos cuanto antes para hablar de mi hijo. Como no tenía nada que hacer, salí a verlo de inmediato. Ese día el cielo estaba encapotado y caminé hasta el colegio sin prepararme para la lluvia. Era una caminata corta, de unos cinco minutos, entre los frondosos árboles de la avenida Caroní, que estaban cargados de pericos buscando refugio ante la inminente tormenta. El profesor Navarro me recibió en su oficina con una angustia que no podía esconder tras sus gruesos lentes de pasta marrón. Emiliano acababa de firmar el libro de vida. Era la segunda vez que lo hacía. A la tercera lo expulsaban. Lo encontraron fumando cigarrillos con Ranfis, el peor

alumno del colegio y sin lugar a duda la razón por la que se estaba metiendo en problemas. En cuestión de meses, Emiliano había cambiado para mal. Había pasado de ser uno de los mejores estudiantes a convertirse en un alumno problemático. Hasta hace poco destacaba en Castellano y Matemáticas, le encantaba leer y escribir y se portaba bien en clases. Su promedio del trimestre anterior era de diecinueve sobre veinte. Ahora decía que odiaba los libros y raspaba un examen tras otro. Su promedio había bajado a doce. Lo peor era su comportamiento: hablaba en clase, irrespetaba a los profesores, desobedecía instrucciones y hasta fumaba. Una vez lo tuvieron que sacar de clases por eructar. Si seguía por ese camino, iban a verse forzados a expulsarlo.

—El verdadero problema, señor Dubuc, es Ranfis: es una pésima influencia. Ese muchacho es el diablo, sabemos que se mete drogas, nos consta, porque una vez le decomisamos un chicote de mariguana. Imagínese que un día la policía lo detuvo por robo y lo tuvo que soltar por falta de pruebas. Menos mal, porque un antecedente criminal significa expulsión inmediata. Usted sabe, cuando el río suena, piedras trae, y créame que no hay remedio posible, Ranfis es un caso perdido. Mi consejo es que los separe, intente alejar a Emiliano de Ranfis y verá como las cosas mejoran rápido. Su hijo es uno de los estudiantes más inteligentes que han pasado por aquí y no podemos darnos el lujo de perderlo, pero para eso es muy importante contar con su ayuda, es decir, con su mano firme.

—Eso mismo voy a hacer, profesor Navarro, hablaré con él.

—La familia es clave en situaciones así. La familia de Ranfis es un desastre, el diablo ese vive con la abuela, que está ida de la cabeza. Pobre anciana. Y a sus padres no les in-

teresa nada. El padre es electricista y no sale de su taller y la madre es un misterio. Ninguno de los dos ha venido nunca por aquí. El caso de Ranfis es complicado, pero el de su hijo es diferente; Emiliano cuenta con usted, es rescatable, y nosotros vamos a hacer lo posible por salvarlo. Lo que pasa es que esas dos firmas en el libro de vida nos complican la situación. ¿Usted está consciente de que a la tercera tenemos que expulsarlo?

—Sí, eso tengo entendido. ¿Cómo es que funciona el libro de vida exactamente?

—Le explico: cuando un alumno incurre en una falta grave, tiene que firmar. La lista incluye faltas como pelear a puños, irrespetar a un profesor, fumar, beber alcohol, meterse drogas, besarse con la novia, etc., faltas que se pueden perdonar una y hasta dos veces, porque, al fin y al cabo, estamos hablando de jovencitos, pero no una tercera vez. No podemos tratar a Emiliano diferente a los otros alumnos, es una cuestión de equidad, necesitamos que su familia se involucre, que tome cartas en el asunto. ¿Le puedo hacer una pregunta personal?

—Cómo no, profesor.

—¿Su esposa vive en el extranjero?

—Sí, mi exmujer vive en París.

—¿Y en su casa sólo viven Emiliano y usted?

—Sí, sólo vivimos nosotros.

—Éste es el tipo de situaciones donde una madre ayuda mucho, porque ve cosas que nosotros los hombres no estamos capacitados para ver. ¿Usted se ha fijado en el aspecto de su hijo últimamente?

—Yo lo veo igual, como un muchacho de su edad: saludable, vigoroso, con mucha energía.